

# Domingo de Ramos

Isaías 50,4-7; Filipenses 25 6-11; Marcos 11,1-10

**«Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor.  
Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David»**

29 Marzo 2015 P. Carlos Padilla Esteban

**«Queremos creer en nuestro futuro. Confiar en nuestras fuerzas. Perdonarnos y volver a comenzar. Creer en la belleza de nuestra vida. Vivir agradecidos, no exigiendo que nos amen»**

**La tristeza de Jesús siempre me commueve.** Comienza la Semana Santa y me vienen al corazón sus palabras: «Me muero de tristeza, quedaos aquí y velad conmigo». Marcos 14,32. Le duele el alma. Está triste. Le cuesta dejar a los suyos. Dejar solo a Pedro. Sabe que se encontrarán de nuevo pero le duele su corazón humano. El corazón que echa raíces sufre. Le duele el dolor de los suyos. Le duele el desgarro de la separación. Tener que renunciar a compartir con ellos la vida. Cuando amamos queremos que el amor sea para siempre. Jesús se preocupa por sus hijos. ¡Son tan frágiles! Se quedarán solos. Sufre por su Madre. ¡Qué difícil dejarla sola! En ella están toda su infancia, sus recuerdos de niño, el tiempo de Nazaret cuando creció seguro y feliz a su lado. ¡Qué difícil es dejar lo que tanto se ama! Sin su Madre es difícil imaginarse la vida. Llora muy quedo, en silencio, en esos días previos al jueves santo. Llora para que no le vean, escondido, por dentro. Por las calles de Jerusalén. En las noches de Betania. Llora oculto a los ojos de los que tanto ama. Tiene nostalgia de lo que ha sido. Con cada uno tiene tantos recuerdos, tantas conversaciones y encuentros sagrados. Difícil dejar a sus amigos de Betania, su hogar cuando tuvo que dejar Nazaret. Lázaro, Marta, María. Está triste porque ha amado la vida y cuesta mucho renunciar a ella. La tristeza de la separación humana le hace temblar. La tristeza por su fracaso humano. No logró que todos aquellos a los que amó le amaran a Él. Es verdad que este domingo de ramos muchos parecen quererle. Creen en Él. Lo aclaman por las calles. Pero sabe que pronto su corazón temblará. Es una realidad, muchos no supieron amarlo. Muchos no supieron ver todo lo que llevaba en su alma. Lo veían como amenaza cuando Él sólo buscaba salvar a todos, abrazar a todos. Se preguntaban qué ambicionaba ese hombre que quería cambiar el mundo con gestos tan pequeños, tan débiles e insignificantes. No lograban entender tanta debilidad humana, un Dios tan frágil. Ellos no sabían cómo era posible amar tanto, hasta el extremo. Jesús se sintió solo. No entendían sus palabras, sus gestos de amor, sus silencios, sus milagros, sus abrazos, su esperanza. ¡Cuánta soledad! Algunos le buscaban por sus milagros, esperaban ver signos convincentes, deseaban oír palabras verdaderas llenas de pasión y de vida, palabras que encerraran en su interior la vida eterna. Pero no fueron más allá. No supieron mirar en su corazón, no se dejaron amar con todo el mar de misericordia que había en su alma. Jesús fracasó en su misión de amar. Bueno, no fracasó. El que ama nunca fracasa. Pero muchos corazones no cambiaron de vida. Su fracaso fue no lograr ensanchar los corazones humanos. Romper las barreras que nos atan. Fracasó en Jerusalén. Su ciudad santa. Esa ciudad en la que cada año peregrinó buscando a su Padre y las cosas de su Padre. Esa ciudad no comprendió sus afanes. Lloró delante de ella. Fracasó con Judas, uno de sus hijos. Vivió con él y no pudo romper su muro, su cerrazón, su dureza. No pudo hacer que creyera en Él. No logró vencer su ambición. ¡Cuánto dolor! Es la tristeza de la soledad, del fracaso, del abandono. ¡Qué solo estuvo Jesús estos días previos a su muerte! Hasta esa cena tan esperada. Los ramos de hoy son sólo un instante, unos fuegos artificiales, algo de música para hacer llevadero su dolor. Jesús no puede ver el dolor de sus hijos, a los que tanto ha amado. **Se commueve hasta lo más hondo por amor.**

**Pero Jesús también tuvo tristeza por el miedo.** Jesús tuvo miedo. El miedo es lo más humano en el hombre. Nos asusta la vida y la muerte. El no controlar el futuro. Nos da miedo perder lo que

tenemos. Nos asusta no ser capaces de cargar con una cruz demasiado pesada. Miedo a la vida, miedo a las personas, miedo a la verdad, miedo a sufrir. Sí, Jesús tuvo miedo ante la incertidumbre de la vida. Ante el dolor del futuro. Jesús necesita ser consolado. Le consuelan los ángeles en Getsemaní, al límite de sus fuerzas humanas. Le consuela María, sus ojos no se apartan de Él camino al Calvario, en la cruz. Le consuela su paz interior de saber que está siguiendo las huellas que le marca su Padre. Le consuela saber que está aprendiendo sufriendo a obedecer. Le consuela Simón de Cirene, ese hombre inocente que con su fuerza sostiene su fragilidad humana. Le consuela Verónica con su misericordia cuando limpia su rostro. Le consuelan las mujeres que permanecieron fieles al pie de la cruz. Le consuela Juan con su silencio fiel, arrodillado ante su muerte. Le consuelan José de Arimatea y Nicodemo, cuyo amor se ha hecho fuerte y son capaces de luchar por Él cuando todos huyen. Le consuela el Buen ladrón que pide perdón y calma la herida de Jesús y desea estar con Él después de la muerte. Le consuela esos días su hogar en Betania, allí donde vuelve cada noche, a descansar, a calmar el corazón. Jesús siente tristeza. «*Me muero de tristeza*». Necesita la compañía de los suyos en oración en el huerto de los olivos. Pero ellos no pueden, se duermen. Le pide a su Padre que le ayude, le implora de rodillas que lo sostenga, que aparte de Él ese cáliz tan difícil de beber. Es una tristeza callada, una tristeza que no reclama, que no huye del dolor, que no agrede. Una tristeza muy honda. Pero Jesús vence su tristeza entregando su vida. Decía el P. Kentenich: «*No buscar nada sino a Dios; una santa indiferencia ante la alegría y el sufrimiento; disposición a cargar con la cruz y el sufrimiento*»<sup>1</sup>. Jesús se abraza a su Padre llorando. Se entrega, se abandona. Bebe el cáliz. Lo miro en esa noche de dolor. Miro su tristeza. Es una tristeza tan humana que pienso que se parece mucho a la mía, a mis lágrimas y a mis miedos. La misma pena suya es la mía, cuando pierdo todo lo que amo, cuando no encuentro salida a la noche, cuando me angustio al no poder controlarlo todo. Es mi misma tristeza cuando la nostalgia es tan fuerte. La tristeza que me invade cuando no logro los éxitos que espero. Cuando mi amor no encuentra respuesta. Cuando mis proyectos de vida llegan a un camino sin salida. Es la misma tristeza que brota en mis lágrimas cuando me hieren con ofensas y desprecios. Cuando no me acompañan como yo quería. Cuando se olvidan de mí con indiferencia. Cuando no soy alabado, ni enaltecido, ni amado. La tristeza a veces sin nombre, incomprensible, algo dura y amarga, que se instala en mi alma súbitamente, sin que yo conozca bien su origen. La tristeza ante el futuro incierto, ante la posible pérdida de aquellos a los que amo. La tristeza al pensar que las cosas en la tierra no son eternas y que todo puede cambiar súbitamente, sin que yo casi comprenda. **La tristeza al comprobar mi debilidad, mi propio pecado.**

**La tristeza es un sentimiento muy humano.** Muchas veces tendremos razones para estar tristes. Y en esos momentos, como Jesús, lloraremos y dejaremos que fluyan las lágrimas y el dolor. Nos abrazaremos a Dios buscando respuestas. Es un dolor sano, porque el que ama sufre y el que echa raíces padece. El que espera se decepciona y el que busca, a veces no encuentra. El deseo engendra sueños muchas veces inalcanzables. Son esas expectativas frustradas que nos entristecen. Como la tristeza de Judas, que soñaba otro sueño y esperaba otra vida. Y le duele besar a aquél en quien ya no creía. Muchos veían en Jesús a un salvador, alguien que hiciera posible lo que parecía imposible. Esperaban mucho más de Él. A veces nos pasa a nosotros con la vida, con las personas. Esperamos más de lo que recibimos. Nos cerramos en esos deseos nuestros que tantas veces quedan frustrados. Nos cuesta aceptar las cosas como vienen. Nos cuesta asumir que la vida no va a ser como habíamos querido. Y la pérdida de esos sueños nos duele en lo más profundo. Pero muchas veces nuestra tristeza no es tan razonable. Surge en lo hondo del corazón y es provocada por nuestra mirada. Dice el Dr. Mario Alonso Puig: «*Hay que sacar el foco de atención de esos pensamientos que nos están alterando, provocando desánimo, ira o preocupación. Siempre encontraremos razones para justificar nuestro mal humor, estrés o tristeza. Lo que el corazón quiere sentir, la mente se lo acaba mostrando. Cuando nuestro cerebro da un significado a algo, nosotros lo vivimos como la absoluta realidad, sin ser conscientes de que sólo es una interpretación de la realidad*». Son nuestros pensamientos los que nos entristecen con frecuencia. Pensamos en negativo. Recordamos experiencias vividas y vuelve al corazón la desazón de ese momento. Los pensamientos negativos provocan tristeza. A veces no sabemos de dónde nos viene la tristeza que tenemos. Es un dolor hondo. Y no entendemos. Hay que sacar el foco de esos pensamientos que nos hacen daño. ¿Cuáles son? Muchas veces son voces que vuelven a ser audibles en el alma. Voces que nos desvalorizan, que nos niegan la posibilidad del

<sup>1</sup> J. Kentenich, *Hacia la cima*

éxito. Voces que no creen en nuestras capacidades, que nos humillan. Esas voces se han ido grabando desde que éramos pequeños. Cuesta mucho eliminarlas de un plumazo. Primero tenemos que desenmascararlas y luego, poco a poco, ir cambiándolas por otros pensamientos positivos, enaltecedores. Queremos volver a creer en nosotros mismos, en nuestro futuro. ¡Cuánto nos cuesta! Confiar en nuestras fuerzas. Perdonarnos y volver a comenzar. Creer en la belleza de nuestra vida. Vivir agradecidos, no exigiendo que nos amen. Contentos con la vida que tenemos, no demandado lo que nadie puede darnos. Hay tristezas que no son justificables. Están en nuestra cabeza. Queremos sacarlas, limpiar el alma y dejar que sea Dios el que nos diga cuánto nos quiere, cómo nos necesita. Queremos oír su voz que nos dice siempre de nuevo que somos sus hijos amados, sus predilectos. No queremos olvidarnos de su amor. Somos elegidos desde nuestro nacimiento. Dios no nos olvida. En los momentos de oscuridad, cuando temblamos ante la vida, queremos volver a confiar, esperar, luchar y volver a creer en todo lo que Dios va a hacer con nosotros. Los gritos del domingo de ramos son esas voces que nos hacen creer en lo que somos. En nuestro valor. Este domingo Jesús escucha de nuevo, a través de esas voces que lo aclaman como rey, cuánto lo quiere Dios, su Padre. Y seguro que ese momento de luz, al comienzo de unos días de oscuridad, le darían esperanza y fuerza para seguir luchando, para seguir esperando. Igual que nosotros necesitamos voces como estas para creer en nuestro valor, para no dejarnos llevar nunca por el desánimo, para que no venza en nosotros esa tristeza que nos aparta de la lucha y no nos deja soñar con lo más alto. Jesús oye las aclamaciones y vuelve la paz a su alma. **El amor que le muestran es el amor de su Padre que lo ama con locura.**

**La tristeza que sufre estos días Jesús sólo se vence confiando, abandonando el corazón en las manos de un Padre.** Sólo se logra cuando nos entregamos por entero y vencemos los miedos. Como lo hizo Jesús aquella noche en el huerto. Nos entregamos en nuestra debilidad. Una persona rezaba: «*Debo entregarme sabiendo que lo haré con imperfección. Entregarme sabiendo que puedo pensar que agrado a Dios por esa entrega, y que fuera de ella no me quiere. Entregarme aun sabiendo que al hacerlo quizás me busque un poco a mí mismo, y así me siento querido. Entregarme sabiendo que me gusta sentirme fecundo y que correré el riesgo de no serlo, deprimiéndome por ello, con la tentación de abandonar. Saber que Dios me quiere porque me entrego con mi imperfección. Y, conociendo mi imperfección, no por ello dejo de entregarme.*» Jesús tomó su cruz, bebió su cáliz. Entregó su tristeza. Jesús lloró aquella noche. Parece imposible que Jesús pueda llorar por el hombre, por su propio dolor. Llora con una honda tristeza. Llora con sus entrañas. Llora por el sufrimiento que llena su alma. Llora y sus lágrimas bañan la tierra. Ojalá yo nunca pierda la capacidad de llorar ante Dios y ante los hombres. Que sepa sufrir con los que sufren y llorar con los que lloran. Que aprenda a compadecerme cada día. Que no esconda mi tristeza, que no la guarde detrás de mi sonrisa. Que no aparente que nada perturba mi alma. Queriendo parecer siempre perfecto, inaccesible, imperturbable. ¡Jesús fue tan humano! Humano en su dolor y en su tristeza. Humano en su pasión y en su deseo de dar la vida, de entregarlo todo por amor a Dios. Tan humano y tan de Dios. Tan niño y tan hombre. Tan puro y tan fiel. Jesús llora, con un hondo dolor. Se commueve la tierra. Lo entrega todo de rodillas, sudando sangre. Entrega su vida y su muerte. Se vacía, se rompe. Ha cogido el cáliz entre sus manos. Decía el P. Kentenich: «*¿Queremos quedarnos sólo como personas inclinadas a dar satisfacción a los sentidos? ¿O queremos entregarnos por entero? Puedes imponerme lo que tú quieras. ¡Qué fe tan fuerte es necesaria para esto! Ahora puedo decirle a María: Puedes hacer conmigo lo que quieras. Confiamos en que tú haces lo que es mejor*»<sup>2</sup>. Jesús acepta lo que ha de venir. Sabe que sólo si entrega la vida, vivir merece la pena. Sueña con las cumbres más altas en mitad de la noche más oscura. Sueña con el día claro lleno de esperanza. Ojalá que yo no deje nunca de aspirar a una vida más alta, más sagrada, más santa, incluso en esos momentos en los que las fuerzas flaquean. Ojalá nunca renuncie a amar para no sufrir en la entrega. Porque es verdad que el que ama sufre siempre. Que no renuncie a vivir por temor a la muerte. Que no me importe el dolor ni la tristeza cuando soy capaz de amar con toda el alma. Que no renuncie a vincularme para no llorar la separación. Que no quiera vivir de forma aséptica, sin compromiso, porque ese no será el camino de mi felicidad. No es tan sencillo vivir dando la vida. Jesús tuvo que arrodillarse solo aquella noche y llorar, sin nadie que lo acompañara. Me commueve tanto dolor y tanta entrega. **Me commueven su soledad y sus lágrimas. Me commueve su amor arrodillado.**

---

<sup>2</sup> J. Kentenich, Madison 1952

**La tristeza de Jesús en los días de la Semana Santa contrasta con la alegría de los que le aclamaban el domingo de ramos:** «*Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás gritaban: - Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David. ¡Hosanna en el cielo!*». Marcos 11,1-10. Es verdad que con los ramos de olivo se hace la ceniza con la que comenzamos la Cuaresma. De la alegría al llanto. Del llanto a la alegría. Es un camino de ida y vuelta. De la alabanza y la gloria, a la humillación y al perdón. De la muerte a la vida. De la vida a la muerte. Del dolor a la sanación. De la sanación al dolor de la herida. Son los dos extremos. Los dos polos. Los dos son verdaderos. Se dan juntos. Son constantes en nuestra vida. Del domingo de ramos a la resurrección pasando por la muerte en la cruz. De querer dar la vida por amor a abandonar nuestra promesa y caer. Así es el corazón humano. Sueña con lo más alto y luego cae desanimado. Pasa de las lágrimas a la risa. De la noche a la luz del día. Es un camino más corto, más rápido. Pienso hoy en el domingo de ramos. El corazón de Jesús está lleno de sentimientos opuestos. Como tantas veces en la vida. Se mezclan la alegría y el dolor. En momentos de alegría hay cosas que nos cuestan y en momentos de mucho dolor hay cosas que nos dan vida y esperanza. Ese día de los ramos Jesús se alegró con sencillez ante la gente que le quería. Ante los gritos de júbilo. Eran sinceros. Llega a su ciudad amada. De niño venía con sus padres. Hoy llega con sus apóstoles. Muchos serían aquellos a los que había curado. Estaban agradecidos. Le esperaban. Cada uno tendría su historia, su expectativa, su recuerdo. Como nosotros. Cada uno tenemos nuestra historia con Jesús, el momento en el que nos cruzamos. Jesús se alegró ese día. Vive el momento. La alegría de hoy no se la quita el miedo al futuro. No nos pasa lo mismo a nosotros tantas veces. Temiendo el futuro dejamos de vivir el presente. Nos ponemos en lo peor y esa angustia no nos deja mirar con optimismo la vida. No nos deja disfrutar. Jesús sí agradece el hoy, disfruta el momento. Es verdad que en cuatro días cambia todo. Lo quieren matar: «*Pues, ¿qué mal ha hecho? Ellos gritaron más fuerte: - ¡Crucifícalo!*». No hay razones para matarlo. Pero quieren matarlo. A veces es así en la vida. Cambiamos con rapidez, sin tener razones. Lo que digo un día no lo mantengo a los cuatro días. ¡Cuánta inconstancia! Me gustaría aprender a mantenerme igual en los días de luz y en los días en los que todo se rompe. Me gustaría ser roca firme. Me gustan las personas que lo que dicen hoy lo mantienen mañana. Que no son volubles. Hay pocas. No sé si algunos de los que lo aclamaban fueron los mismos que el jueves querían su muerte. Puede que sí. Puede que fueran otros. Nunca lo sabremos. Muchos no quisieron defenderlo y se escondieron. O no les importó tanto su muerte porque pensaron que tal vez no fuera el mesías esperado. O tuvieron miedo de perder su propia vida. Otros fueron fieles y lucharon por Él. Optaron por seguir sus pasos, sabiendo todo lo que perdían. Esos cambios en la vida son dolorosos. En un momento estamos en lo más alto de la ola. Somos reconocidos y queridos. En cuatro días puede cambiar todo. Podemos perder la fama, el honor, la gloria. Podemos perder nuestros proyectos y planes. Podemos ser olvidados, menospreciados. No nos angustiamos ante el futuro. Hacemos como Jesús, disfrutamos del hoy, nos alegramos del triunfo de hoy. No nos apenamos por la posible pérdida de mañana. Vivir el hoy siempre es el camino. Mi hoy con su dolor y su alegría. Vivir en el mañana tiene poco sentido. No podemos prever los cambios. Podemos construir sobre roca firme, para que después la tormenta no nos lleve. Podemos hacer de la alegría de hoy mi seguro, para que la tristeza no opague mi luz. **Podemos sembrar semillas de vida eterna, para que florezcan en medio de la muerte.**

**Una pregunta brota en el corazón de los fariseos estos días previos a su muerte:** «*¿Quién eres Tú?*». Creo que la Semana Santa es un tiempo para acompañar a Jesús con esta pregunta grabada en el corazón. ¿Quién eres Tú para mí? ¿Qué significas en mi vida? Hay una canción que habla de esta pregunta: «*¿Quién eres Tú, que llegas de repente, incendias e iluminas mi corazón? Despiertas melodías dormidas y olvidadas que yo nunca supe escuchar. Tu mano acaricia los sentidos, cobija mi ser, sana las heridas y bendice mi vida en su silencio. ¿Quién eres Tú? Caminas a mi lado, corres, te detienes sin avisar. Recorre tu mirada mi miseria que se esconde y no quiere ante tu vista aparecer. Tu sangre recorre mis mejillas, lava mi alma, aflige mis entrañas y conduce mis pasos a la cruz. Es tuyo acaso el fuego que me enciende el alma y da calor a cada miembro. Y despierta la vida dormida. Eres Tú, el pobre Hijo ofrecido en la cruz.*». Es la pregunta que rompe el corazón de los que lo ven caminar hasta el Calvario. ¿Dónde está el rey poderoso aclamado al entrar en Jerusalén? ¿Dónde acaban los sueños que alimentaba el corazón de los que lo seguían? ¿Por qué no hace nada prodigioso para salvar su vida? ¿Dónde están los que lo defendían? ¿Quién

es ese hombre desdibujado, herido, sin rostro, ensangrentado, sin dignidad? ¿Cómo encontrar a Dios oculto en ese ropaje tan humano? ¿Cómo entender que sus silencios hablan de su realeza? No es tan sencillo descubrir a Jesús oculto en ese camino hasta el Calvario. Pocos lo descubrieron. Tal vez Verónica, su Madre, los discípulos, Simón el cirineo al cargar el madero. ¡Qué difícil saber quién es cuando vive oculto en la oscuridad del dolor y de la muerte! Oculto en la miseria de la sangre, de la condena por delitos, de esa cruz signo de castigo. ¡Qué difícil ver su rostro y saber que es Él! El camino de la Semana Santa es un camino de búsqueda, de preguntas, de miedos inconfesables, de dudas, de anhelos, de sueños. Lágrimas, silencio, rechazo, traición, amor apasionado, sangre, abandono, indefensión, oscuridad, luz, gritos, desencuentros, esperanzas, golpes, clavos, un madero, una condena. El canto del gallo. El abrazo de María. Las lágrimas de Verónica. Recorremos el camino del domingo de ramos al domingo de resurrección. De la alegría del domingo de ramos a la tristeza del viernes santo. Lo hacemos como Jesús, agachándonos a su altura, la altura de Aquel que se humilla para estar más cerca de nosotros. Un rey que entra en un borrico. Un rey que no posee nada. Nosotros queremos recorrer este camino con su misma humildad. ¡Nos cuesta tanto! La vanidad y el anhelo de reconocimiento nos ciegan. Jesús se commueve con nuestra torpeza. Lleno de dolor nos mira. Recorremos sus pasos conscientes de nuestra debilidad, de nuestro pecado. Pero nos sabemos amados por Él. La Semana Santa es una nueva oportunidad para tocar el amor que Dios nos tiene. Sabemos quién es Jesús. Lo reconocemos en su misericordia, en su mirada. Decía el Papa Francisco: «*¡Con cuánto amor nos mira Jesús! ¡Con cuánto amor cura nuestro corazón pecador! Nunca se asusta de nuestros pecados! Pensemos en el hijo pródigo que, cuando decide volver donde el padre, piensa en decirle un discurso, pero el Padre no le deja hablar, lo abraza. Así es Jesús con nosotros!*». Siempre podemos volver a comenzar. No le conocemos realmente a Jesús. Lo juzgamos desde nuestra limitación. Es difícil descubrir su rostro en nuestra historia. Sabemos quién es Jesús pero no lo conocemos del todo. Hemos visto su rostro un día y hemos tocado su amor. Tenemos una certeza en el corazón: sabemos que nos espera para abrazarnos y perdonarnos al final del camino. Por eso no tememos. No dudamos. Jesús acoge nuestro corazón herido. Lo hace con sus manos heridas. Nos abraza en su dolor y nos consuela. La Semana Santa es el camino que recorremos hasta su abrazo, ese abrazo eterno que esperamos. Caemos ante Él arrodillados. Tropezamos. Nos sentimos débiles. Él nos sostiene siempre. Una persona decía: «*Pensaba que puedo decirle a Dios que, con todo lo que me ha dado, ya podría vivir agradecida para toda la eternidad. Sólo el recuerdo de su amor, que ha quedado impreso en mi alma, bastaría para vivir siempre agradecida.*». En estos días queremos mirar todo el amor que nos tiene. Decía el P. Kentenich que es necesario «*que no veamos nuestra vida solamente desde abajo, sino aprender a mirarla también desde arriba. Entonces percibiremos cómo Dios ha querido tomarnos de la mano, pero cómo nosotros nos hemos alejado de Él*»<sup>3</sup>. Mirar desde arriba, desde su amor. Nos quiere con locura. Agradecemos todo lo que nos ha dado. Queremos vivir agradecidos. Llenos de su amor que nos levanta. A veces nos hemos alejado. El agradecimiento nos permite caminar. **Recorremos nuestro propio camino hacia el Calvario.**

**Me impresiona siempre el silencio de Jesús en estos días:** «*Pilatos le preguntó de nuevo: ¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti. Jesús no contestó más.*». Calla, no se defiende. No se justifica. No espera la defensa de nadie. ¡Cuánto nos cuesta no defendernos, no gritar, no enfurecernos ante las injusticias, ante la difamación y las ofensas gratuitas! El silencio de Jesús nos desconcierta. «*El que calla otorga.*». Lo hemos escuchado muchas veces. El que no se defiende se acusa. Jesús parece reconocer el error de su camino. ¿Por qué no demuestra que tiene razón, que los otros están equivocados? ¿Por qué no realiza un milagro convincente? Muchos creerían en sus obras. No es el camino. Jesús toma el camino del silencio. El cordero inocente llevado al matadero. Me cuesta este silencio. En su vida Jesús muchas veces no guardó silencio. Habló, gritó, condenó. Dijo la verdad y no se mantuvo en silencio. Pero en estos dos últimos días de vida, calla, no defiende su causa, su obra. Parece como si no le importara morir. Pero no es así. Claro que le duele en el alma, en lo más hondo. Lo que ocurre es que sabe que su silencio es el camino. Una persona rezaba: «*Querido Jesús, te entrego mi silencio. Mi pequeñez. Mi pobreza. Mi soledad. Ayúdame a dejar paso a otros. A comprender sin pedir. A ocultarme en otros. A romper mi corazón como Tú. Con alegría. ¿Cómo hacías Tú para no pensar en ti? ¿Cómo lo lograba cuando te dolía tanto el alma? Eres mi Dios y te dejas. Eres mi Dios y me miras. Yo te quiero a ti. No a tus*

<sup>3</sup> J. Kentenich, Terciado 1952

*obras. A veces me turbo, perdóname. Quédate conmigo. Quédate, Señor. Quiero estar contigo. Dar mi vida junto a ti. No me dejes nunca. Enséñame a amar como Tú amas». Así queremos rezar. Nos unimos a Jesús que seguramente le hablaba así a su Padre en el corazón. Se sentía débil, pequeño. Se sabía solo y abandonado. Carga en silencio con el madero. No grita, no se defiende, no acusa, no condena. Perdona. Sólo sabe perdonar desde lo alto de la cruz. Me parece imposible tanto silencio. Le pido a Jesús que me enseñe a callar. A guardar silencio sin herir con mis palabras, con mis pensamientos. ¡Cuánto me cuesta cuando no puedo defenderme y siento que me colocan una etiqueta! Es lo mismo que hicieron con Él, se burlaron de sus pretensiones. Esas pretensiones que no tenía. Le llamaron blasfemo y no lo era. Revolucionario, pero era mentira. Su revolución era la del amor y en eso había fracasado. Lo acusaron de noche, evitando las masas, los posibles defensores de aquel hombre indefenso. Calló ante tantas mentiras. ¿Por qué lo hizo? Su silencio me turba. Siempre creo que hay que utilizar todos los medios a nuestro alcance para que se imponga la verdad, para que triunfe la voz de Dios en medio de los hombres. Su amor era más grande que tanto odio. ¿Por qué parece entonces que vence el odio? ¿Por qué calla? Porque ya lo había entregado todo. No le importaba su nombre, ni su fama, ni su gloria. No le importa tener razón, por eso no la defendía. No le importa que le dijeran lo que era mentira. Sabe a quién pertenece. No le importan las sospechas ni las acusaciones. Calla. Su corazón está arraigado en el cielo. ¡Qué lejos me siento de ese silencio! ¡Qué lejos de tanta humildad! El Padre lo abraza esta semana. María lo abraza. Lo sostienen en la cruz. Quisiera tener su mansedumbre. Despojarme de todo lo que me ata. Quisiera aprender a ser impotente. Para que sólo en mí venza su poder. **Hoy quiero aprender a guardar silencio. A callar. A no defenderme tanto.***

**Siempre me gusta pensar quién sería yo de todos los personajes que están cerca de Jesús entre el domingo de ramos y el domingo de resurrección.** No lo sé. No es tan fácil elegir a uno para acompañar a Jesús estos días. Cada uno tiene su fuerza y su debilidad. Me atrae Pedro que lo sigue de lejos. Ama a Jesús, está dispuesto a dar la vida por Él. Luego tiene miedo. Se acobarda cuando ve peligrar su propia vida. Llora y luego se arrepiente. Huye, se esconde, pero quiere darlo todo. Me gusta Juan. Tan cerca de Jesús. Tan niño en la intimidad. Tan hombre al pie de la cruz. Me gusta porque su corazón es grande, inmenso. Se ensancha hasta el infinito. María se va con él a su casa. Me gusta mirar a María en estos días. Turbada, llena de dolor y esperanza. Me gusta su paso firme, sus brazos tendidos abrazando a Jesús caído bajo el peso del madero. Me gusta su sí repetido al pie de la cruz. Su mirada inquieta buscando a su Hijo. Me gusta su amor de Madre, cálido, hondo, puro, apasionado. María me enseña a mirar a Jesús. A vivir como vivió Él, entregando la vida cada día. Me gusta el cirineo. No tiene nada que ver con Jesús. No lo buscaba, sólo pasaba por allí. Se vio sorprendido. No tuvo más remedio que abrazar el madero. En su interior se apenaría por su suerte. Se iba a manchar con la sangre de un condenado. Él era justo. Su fama en juego. Todo cambió en ese instante. Ese momento cambió su vida para siempre. Me gusta el buen ladrón. Su fe inquebrantable. La claridad de su mirada. Su deseo más sincero. Me gusta la Verónica. Arrodillada ante Jesús con el paño entre sus manos. Su deseo de calmar un poco tanto dolor, tanto abandono. Me gusta Nicodemo. Buscó a Jesús en la noche para saber algo más sobre la vida. Hoy aparece a la luz del día. Se señala a sí mismo. No se esconde. Es un seguidor fiel en aquella hora. Me gustan Marta, María y Lázaro. Lo cuidaron tantas veces esa semana en su casa. Cada noche Jesús se retiraba con ellos. A orar, a descansar. Tal vez compartió algo de sus miedos. Estarían cerca. Esperando. Anhelando. No me gusta tanto Pilatos. Se lava las manos lleno de dudas y de miedos. No me gusta, pero a veces me parezco. Lavarnos las manos es sencillo. No nos hacemos responsables de nada. No tenemos la culpa. Me gustan los que aclaman a Jesús con sus ramos. Algo menos los que quieren a Barrabás. Pero los comprendo. Tengo algo de los dos. El corazón tiembla con el miedo. Y se acomoda con las promesas. No me gusta Herodes, pero entiendo sus deseos. El querer ver un milagro, algo que me convenza de la verdad de Jesús. A veces yo le pongo a prueba. Esperamos tantas cosas extraordinarias. No lo sé. **¿Cómo quiero acompañar a Jesús esta Semana Santa?**